

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO A. GIMENEZ

ANC II
N.º 56
Marzo 24 de 1895

PRECIOS de SUSCRICION

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	» 5.00
Un año	» 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equivalente,
con el aumento del franqueo

Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos

De venta en las principales librerías

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301
MONTEVIDEO



JUAN LUIS BLANES

Lit. Tip. La Sud-Americana, calle Treinta y Tres, 91.

SUMARIO

TEXTO.—«Juan Luis Blanes».—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«Retazo», por Luis Vidart.—«Rayo de luz», por Alina Doré.—«Carta de amor».—«En el cumple años».—«Diálogos íntimos», por Pepe Ortega.—«¡Allí está!», por J. Pérez Zúñiga.—«Entre dos fuerzas» (novela), por Arturo A. Giménez.—«Menendencias».—«Correspondencia particular».—«Avisos».

GRABADOS.—«Juan Luis Blanes», por H.—«Para Ellas», (Retrato de niña), por Aurelio Giménez.—«Ecce Homo por Wimplaine».—«En el cumple-años».—«Ave César!—Io Saturnalia», y varios intercalados en el texto por Giménez.

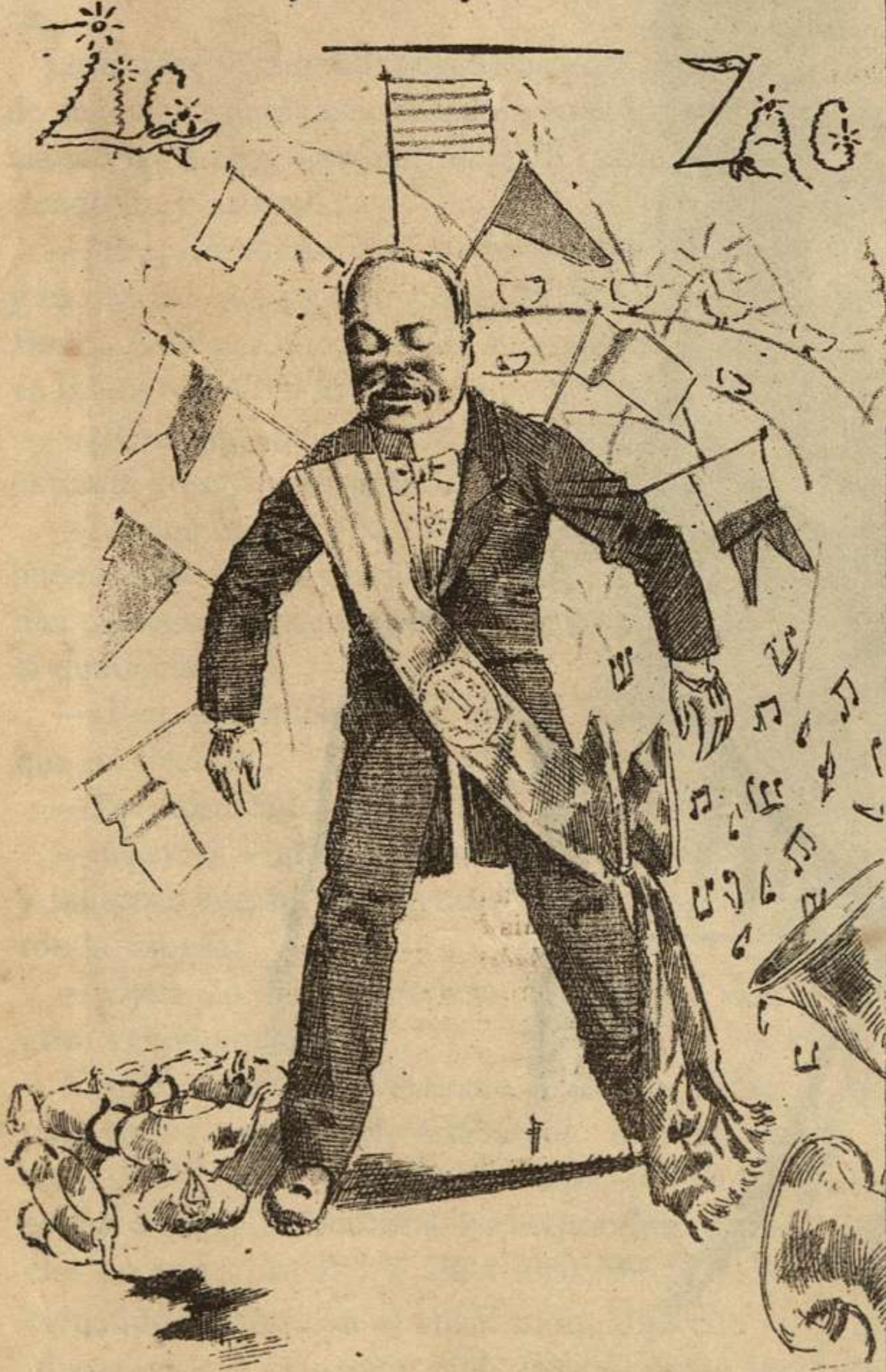
JUAN LUIS BLANES

Empezaba la época de las obras. Los ensayos, los primeros pasos del talento, los atrevidos tanteos en busca de la ruta segura iban a quedar para ese gran mundo de recuerdos que guarda el taller. El artista seguro ya de sí mismo se disponía a emprender el camino que lleva a la fama, para agregar más lauros a la ya pesada corona que envuelve su apellido.

El valiente y hermoso *baqueano de los Treinta y Tres*, la hermosa *Criolla* y el monumento de *Joaquín Suárez* recién terminado, anunciaban al nuevo escultor uruguayo.

Apenas dado el último retoque a su gran obra, la muerte hizo caer de su mano el cincel, que hoy por hoy, nadie recojerá.

Con él pierde el arte nacional una gran esperanza, y dá tristeza pensar que se secarán abandonados los colores de aquella gran *Batalla de las Piedras*, arrebatado el artista el mismo día en que debía empezar el monumento de Artigas, rendidos en la lucha con el destino los pinceles y el cincel, esas armas, las más hermosas, del arte y del trabajo.



¡Ah! Qué día de emociones el día 21 de este mes de Marzo que vamos viviendo aunque no lo parezca!

S. E. Don Juan Presidente Idiarte Borda había decidido festejarse dignamente en el primer aniversario de su elección para el oficio de Presidente de esta buena patria de Joaquín Suárez y Melitón Muñoz, y así había de hacerse.

Cierto es que ya se había festejado anteriormente, el 1.º del mismo mes, pero, como él dice y dicen muchos: «lo que abunda no daña». Y

mucho que sí; bien entendido, cuando no se trata de palos policiales y malos gobiernos.

De modo que dadas sus ideas, aún nos toca agradecer al padrino de S. E. que no le haya pasado por el majín ponerle con el oleo y crisma, en vez de Juan á secas, Juan José María ó cosa así; que á haberlo hecho, festejara el tal tres santos sin perjuicio de los cumple-años presidenciales; y más aún hiciera si en vez de apellidarse Idiarte Borda como por obra y gracia de Dios y de su papá se apellidara Santos, como el otro; en tal caso, de fijo se habría dado á festejarse en todos los días del año que el calendario dedica á algún santo.

De todos modos, Don Juan, como decíamos, decidió festejarse dignamente, el duplicado de su aniversario constitucional, é impartió las órdenes correspondientes.

Todo estaba pronto; Brian había puesto en prensa su ingenio para que el homenaje al por él unjido resultase todo lo grandioso é imponente posible; ora oficiando de *cordón bleu* ó de *chef de cuisine*, como decía *Monsieur le Ministre*; ora de pirotécnico, ora de maestra sala, ora de adornista de salón, había logrado que todo estuviera en *punto* para el momento deseado.

Por su parte, *Monsieur*, tras largas y laboriosas meditaciones, acababa de lanzar á los vientos su idea de una grande *marche aux flambeaux*, á la *mode* de París. El Coronel Abella y el idem Oneto se restregaban gozosos las manos vijilando cuidadosamente á sus respectivos subalternos que con esquisita prolijidad afilaban sables y machetes por si se presentaba la feliz oportunidad de encontrar por esas calles de Dios al bendito pueblo con ganas de tomar parte en la gran fiesta.

En la casa de Gobierno no se hablaba de otra cosa que de los preparativos.

Quid pro quos los hubo por cientos. El diputado Cabral se hizo anunciar á S. E. Juan.

S. E. celebraba acuerdo en ese momento con el encargado de la Confitería del Telégrafo, discutiendo el artículo «Potages» del *menú*, y al oír una voz queda que temerosa de interrumpir la laboriosa tarea del grande hombre decía á medias: «Cabral», exclamó preocupado.

¡No! Nada de cabra ni de chivo; son animales hediondos. ¡Vaya un *potage*!

Y en poco estuvo que una vez corrida la voz no se taparon todos las narices al pasar junto á Cabral.

Entretanto el diputado Garzon daba en la misma idea de su colega, y el ujier anunciaba á Garzon.

—¡Ah! dice S. E. Juan al oír el nombre, Está ahí el *garçon*? Sí... será por eso de los quesos que le encargué... dígame... No, le diré yo.—Y entreabriendo la puerta dice rápidamente, más distraído que nunca:

—*Garçon*; para tratar de los quesos vaya á entenderse con Brian.

Y Garzon se queda tonto, piensa que S. E. está loco desastrado y va á contárselo á Julio.

Mientras esto sucede, el general Flores, se hace anunciar al doctor Brian, que al oír el apellido dice, perdida la chabeta con lo del banquete:

—¿Flores? Alguna propuesta para adorno de la mesa... No, no hacen falta Flores; al menos no creo... ¿quien se entendía con eso?... Dígame que ya ha de estar todo tomado.

Y el portero contesta al General.

—Dice que ya ha de estar tomado.

Y el General lo toma á mal y contesta.

—Dígame que tomado estará su abuelo! ¡Que yo no estoy tomado y que no permito á nadie que me calumnie, porque no bebo.

Y se arma la marimorena y aquello provoca una inundación de explicaciones entre ambos personajes.

La verdad es que todos tenían la cabeza perdida con aquel monton de pensamientos culinarios que llevaban dentro.

La Excelencia del cumple-años no llevaba ya cabeza sobre el pescuezo, sino un restaurant con orejas, y todo era equivocarse y decir dislates.

A Costa Gutierrez lo dejó tonto llamándole *Côtelette* Gutierrez; á Barbot le dijo *Barbera* y á Chucarro le llamó *Churrasco*.

Finalmente llegó el gran día; que á no llegar, de fijo volvieranse locos todos.

Pero ¡oh, rabial! No bien había empezado Abella los festejos populares con tres ó cuatro bombas (que entre bombas y bombo debía pasar todo) cuando la lluvia, por no faltar á los nunca vistos cuanto tan ansiados festejos, se deja caer sobre la tierra.

Don Eujenio que iba á encender en tal momento la mecha de una bomba, advierte que aquella está mojada y se decide con trabajo é irá á *aguantar la mecha*.

Don Juan, entretanto, apenas abiertos los ojos se levanta en paños menores y explora desde las ventanas el aspecto de la ciudad. ¡Furor! ¡Llueve!! Llueve sobre el aniversario!... Y las fiestas?

En su desesperación se le venian al *mate* las más extrañas ideas. Primeramente se le ocurrió regalar paraguas á toda la población, y luego irritado por aquel incesante llover, buscando causante á quien hacérselo pagar, pensó en mandar prender á *Llovet*; por último decidió á esperar, y espera que te espera, llegó la hora del banquete.

La mesa, sin duda como halago á las aficiones hípicas del distinguido *sportman*—presidente, tenía la forma de una herradura, aunque hay quien da mayor significación á este detalle.

—Bien claro se ve en eso,—me decía uno—que el colectivismo es quien hace y manda todavía.

—Pero ¿de dónde deduce usted?...

—Pues! De la mesa. Una mesa en forma de herradura... ¿Quiere usted más pruebas de que en la cosa ha andado *Herrera*?

Sea como fuere; á la mesa se sentaron treinta y nueve invitados de buen diente que venian á representar treinta y nueve clavos de la herradura.

La verdad es que, ateniéndonos al número de clavos que conocemos, faltaban muchos.

Al destaparse el champagne, tomó la palabra el clavo gordo, el de la cabecera, que lo era S. E. Juan y brindó con voz sincera y franca por sí mismo y por los amigos, diciendo al terminar:

«Es para mí un alto y grato deber manifestaros que elevado al puesto que ocupó (ocupaba el del clavo gordo de la herradura) no aspiro y no deseo sino ser el primero en el trabajo y también el primero en servir á mis conciudadanos.»

Los conciudadanos, que se hallaban perfectamente servidos, convinieron en ello.

A este tiempo el anuncio de la *grande marche aux flambeaux* de *Monsieur le Ministre* les hizo acudir á los balcones.

Y bajo de ellos desfiló todo el ejército (ese mismo encargado de la defensa de la patria y otras cosas 10 menos grandes) saltando y gritando; cada soldado (ó lo que fuera, que en aquel momento todo parecía menos eso) con su correspondiente tea, que de cuando en cuando arrojaban por broma á la cabeza de los pocos espectadores de la mascarada.

Y así se divertía la jente que era un gusto y no podía quejarse de no haber tomado participación en la fiesta.

Y baila que te baila y grita que te grita, recorrió el ejército las calles, un poco desiertas, á la verdad.

Esto por otra parte no les quitó ni un apice de alegría; como que todos iban más alegres de lo regular y de lo irregular, pues sin duda temiendo que no hicieran gala de todo el *sprit* que el caso requería, les habían dado *sprit*... de vino en abundancia y ellos lo conservaban cuidadosamente guardado en la cabeza.

Claro es que la actitud que por tal causa y tal vino habían asumido los valientes guerreros, dió lugar á no pocos comentarios.

—Esto es vergonzoso, decían algunos espíritus escrupulosos y timoratos.

—Pero ¡caramba!—contestaban otros más razonables. Tratándose de una *marche aux flambeaux* nada de extraño tiene que vayan *alumbrados*.

—Demonio, decía un caballero. Y cómo gritan, y cómo se bambolean, y cómo arrojan las teas encendidas á la cabeza de los transeuntes!—Si esto pareciera la invasión de los Bárbaros.

—No, hombre,—contestó otro—Parece el paso de los *Hebreos*.

ARTURO A. GIMENEZ.

RETAZO

Le dicen á Pedro López que no escriba desatinos; diciéndole que no escriba es más corto y es lo mismo.

LUIS VIDART.



Un cuerpo esbelto, delgado, airoso, unos ojos claros con negras sombras de misterio, una opulenta cabellera oscura, hermosa, de reina meridional; en el rostro la expresión altiva de soberana, en el talle el cinbro gracioso de la palma, todo esto pasando como un relámpago en el rápido giro de un vals, me reveló á Laura Bustamante.

¿Qué les parece la Exposición, amigas mías? ¿No es cierto que es preciosa? ¡Ya lo creo! El pabellon central, sobre todo, es soberbio. ¡Qué grande es, y que golpe de vista espléndido ofrece mirado desde la entrada! Los techos, tan limpios, tan altos, que la hacen á una pequeñita, todos aquellos pabellones tan bien dispuestos, mostrando todos sus artículos colocados con tanto arte, en formas caprichosas y originales... Los vinos, las pieles, los mármoles, las maderas. Y aquel castillito hecho todo de corcho? Es una maravilla, una verdadera obra artística, paciente y originalísima.

Al entrar una en la gran sala se queda un momento indecisa. No sabe hacia que punto dirigirse. La izquierda nos atrae, pero la derecha... No hay más. Si una hubiera de elegir, era cosa de no moverse en toda la noche.

¿Y la luz, todos aquellos focos de luz eléctrica salpicados aquí y allí, de diversos matices, fulgurantes, vívidos hasta cegar, que nos dan una impresión de plena fiesta en medio de tantas cosas inmóviles, bruñidas, limpidas, deslumbradoras? Sobre todo el cristal ¡oh! el cristal produce efectos y cambiantes de luz que nos hace pensar en monstruosas piedras preciosas, centelleantes é inmóviles en el misterio de su riqueza. La vista se vuelve cansada de tanta luz, y por el gran seno del salón se divisa la terraza, la extensa terraza llena de frescura y de perfumes, de verde... La música extremece el ambiente, y por los senderos enarenados, dulcemente convexos,

parejas y más parejas, grupos adorables pasean al azar con esa lentitud armoniosa de la hermesura que pasa, ¡Pobres pupilas mías! ¡A qué tanta luz, á qué tanto encanto si no llevo en mi un cielo para reflejar tantas estrellas?

¡Cuántas veces he visto esos mismos rostros juveniles, como hoy adorables, como hoy sonrientes! Tienen la misma gracia, la misma frescura; la primavera no ha pasado, y conservan de ella toda su fragancia, el brote de la vida y sus misteriosas hechicerías.

—Mira, mira.

—Sí, ya veo. ¿Qué? ¿Quieres que cite nombres? No, eso no; sería desgajar un ramo y separar su conjunto y sus perfumes. ¡Así, todo en uno! La diadema era toda piedras preciosas.

—Es que en la union está la discreción.

Bien, ¿y qué? ¡Voy yo á ponerme á escuchar lo que solo los suspiros tienen derecho de conocer?

¡Oh, Espera, aguarda; deja que quede esto sola, que nadie me vea, y entonces yo pediré el recreto de esas confesiones á esos pabellones mudos y frios, á esos árboles llenos de savia, bajo los cuales tantos pechos conmovidos han saboreado tanta dulzura y tan embriagadoras confidencias.

ALINA DORE.

CARTA DE AMOR

Declaración muy formal á su idolatrada prenda, de *Fulanito de Tal*, que aspira á quinto oficial del Ministerio de Hacienda.

«Niña de mi corazón: Tu amor me roba la calma; oye mi tierna pasión y dame la *Dirección del Tesoro* de tu alma. Dame tu amante albedrío y en mi pecho, yo te fío que estará tan rica alhaja más segura que en la *Caja de Depósitos*, bien mio. Tu nombre escribo imprudente



en los libros talonarios⁴ y hace un mes, próximamente que te abrí *cuenta corriente* en mis suspiros diarios. Con un sí ya estoy contento y á tu gusto me esclavizas. Quiero el pago a mi tormento, y te extiendo el libramiento á ver si lo formalizas. *Salda* esa deuda de amor, ya que Amor es ciego y niño: ¡se lo pido por favor al señor *ordenador de pagos*, de tu cariño! Ser dueño de tu beldad: esa es mi ambición completa. ¡Dime que sí por piedad, y no me hagas que cometa una *irregularidad*. Rectas son mis intenciones pero en mis *liquidaciones* crece el haber con furor, y no quiero que en mi amor haya nunca *filtraciones*. Ten al menos compasión de mis súplicas dolientes. ¡No hagas con mi corazón lo que hace el Ministro con los pobres *contribuyentes*! Aunque en *pública subasta* se venden los corazones, busco el tuyo, niña casta, porque el que tengo no basta á *cubrir mis atenciones*. Con mi sueldo de empleado no me encuentro muy sobrado. Cifro en casarme mi edén, porque me han asegurado que tienes algo también. Coche no me has de pedir, ni lujo me has de exigir. Juntando lo de los dos, en paz y en gracia de Dios tal vez logremos vivir. Mi declaración leal con tu voluntad consulta. Echa tu *cuenta formal*, y á ver lo que te resulta del *balance general*.

Caras y Caretas



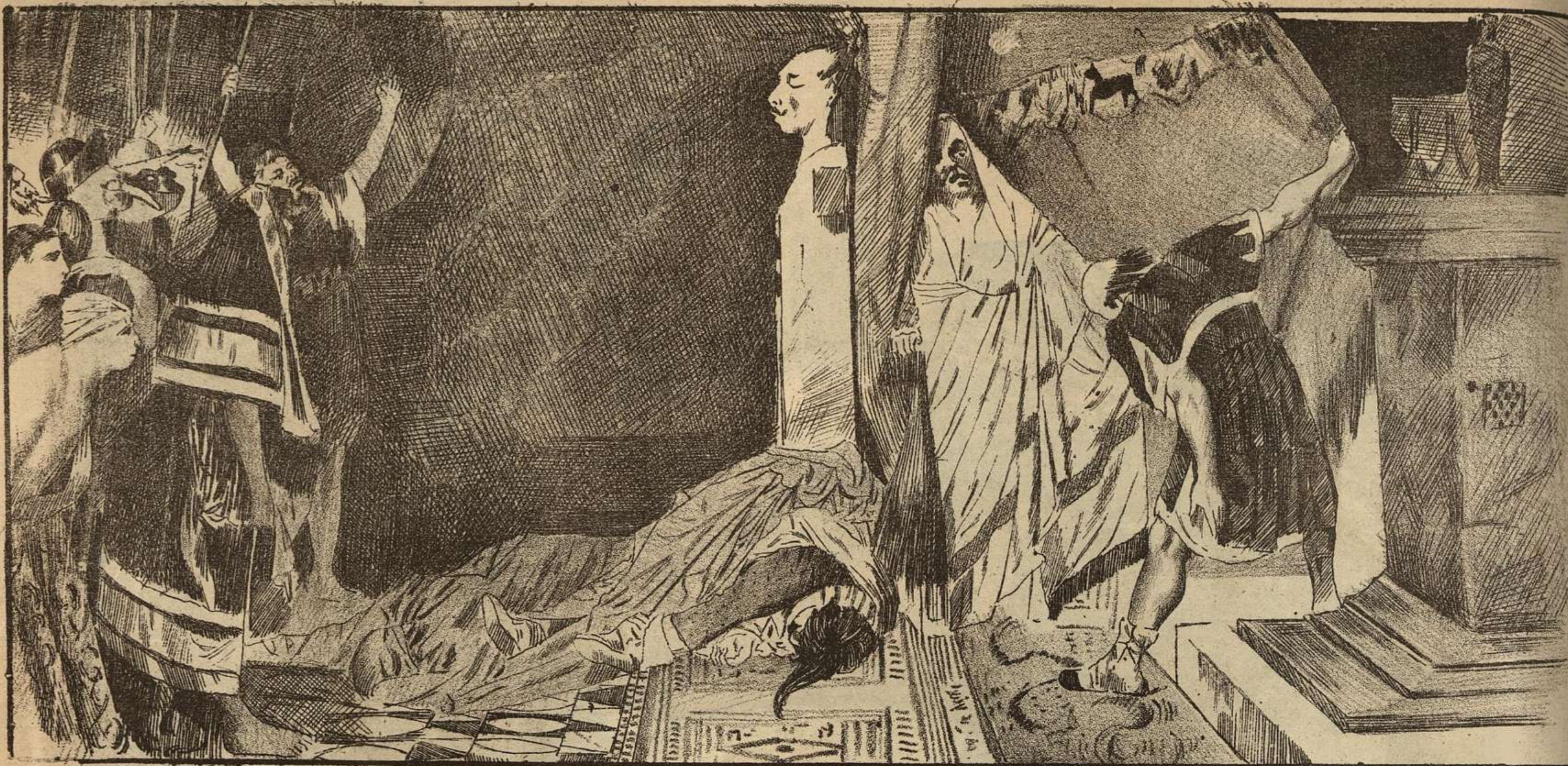
EN EL CUMPLEAÑOS

Wimpole Lane

¡ECCE HOMO!

EN EL CUMPLE AÑOS

NUESTRO PRESENTE



AVE CESAR—IO SATURNALIA

(Cuadro que no es de Alma Tadema)

Estaba de Dios que no nos habíamos de quedar nosotros sin obsequiar también á don Juan Presidente en su cumple años constitucional.

He aquí que un amigo nos envía el cuadro que reproducimos, con el exclusivo fin de que lo ofrezcamos á don Juan.

Al cuadro acompaña el siguiente apunte:

“Muerto Calígula y necesitando los pretorianos un

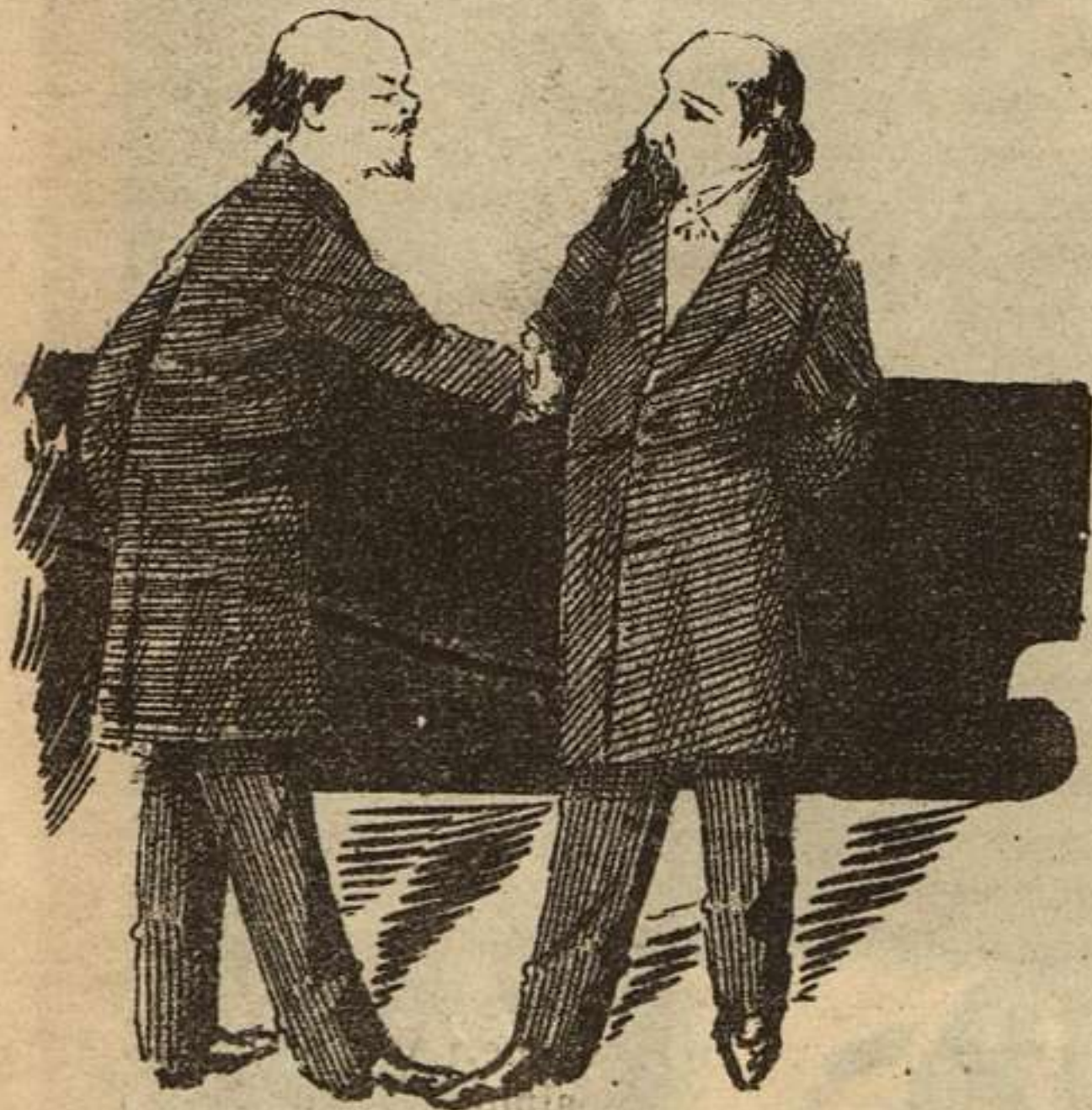
emperador que necesitase de su brazo, un monarca á quien dominar, junto al cadáver tibio aún se echan á buscarlo. Quieren un emperador; poco importa quien, y entre tanto saquean el palacio. Durante el saqueo ven salir bajo la cortina de un lugar oculto dos pies, y decorriéndola encuentran un hombre gordo y viejo que temblaba de pavor.

“Entonces fué cuando la soldadesca, en uno de esos

momentos de depravación histórica, entre risas irónicas y aclamaciones busleas, le aclamaron Emperador de los Romanos saludándole servilmente con el *Ave César—Io saturnalia*.

“Y Claudio fué César.”

Lo que tenga que ver el uombramiento de Claudio, con el hecho que ha conmemorado nuestro don Juan el jueves, no lo sabemos nosotros. Pero dicen que todo el mundo lo sabe....



DIÁLOGOS INTIMOS

II

Angel malo y Alberto el modesto

ANGEL.—Sí, mi ilustre amigo; ese gran acto que acaba usted de llevar á cabo, ese gran acto de valor cívico, merece el aplauso de todos los hombres de talento, como usted, y bien de la patria.

ALBERTO.—¡Sí! El ciudadano austero de alma altiva y pura, como yo, el ciudadano austero que sabe encontrar en su propia conciencia de *sprit fort* el valor de sus actos; ese! ese! (levantando la voz progresivamente), ese! yoo! merece siempre el bien de la patria! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

ANGEL.—Es una evolución política de alta trascendencia á que acaba usted de efectuar. Aquello de tender la mano á los Ministros y al Presidente y á todos nosotros... Aquello de declararse, á la faz de todos, incondicionalmente siervo de las autoridades constituidas... (bien ó mal) ¡Oh, es un gran acto! Es usted un gran...

ALBERTO.—(Con un alarido republicano). ¡Demócrataa! ¡Demócrataa! ¡Sí! lo sé, lo sabe el pueblo, el pue-

blo, que viene á buscar la gran enseñanza republicana en la voz de su tribuno, del ciudadano austero del maestro!!! Ese soy yo, yo, yoo!!! El ciudadano austero, que ha sacrificado su fortuna...

ANGEL (ap).—(¿Pero cuándo tuvo fortuna este mozo?)

ALBERTO.—Su fortuna, la de su sobrina y todas las fortunas, todas las fortunaas! por la Patria, por la patria!!! Sí! Ese es el ciudadano digno del aplauso nacional. ¡Ese! Yo, yo, yoo!!!

ANGEL.—(Este bárbaro se va á reventar la garganta) Sí, usted. Es lo que dice Julio: «Con hombres así se puede hacer patria.»

ALBERTO.—Es cierto. Ya me lo dijo otra vez, cuando lo proclamé mi candidato, á pesar de todo, de todo!!! Yo, yo, yoo!!!

ANGEL.—Fué aquella otra gran evolución como la de ahora; grande, patriótica; ahora usted viene á nuestro seno otra vez, lo ha declarado públicamente...

ALBERTO.—Públicamente! ¡Sí!

ANGEL.—Bien hecho. Ha sabido usted romper con estúpidos escrúpulos, y acercarse de una vez á los hombres de gobierno, los verdaderamente patriotas.

ALBERTO.—El ciudadano austero, el ciudadano de sacrificios, que tiene conciencia de su valor como patriota único, ese, puede hacerlo y yo lo he hecho. Yo, yo, yoo!!! Lo dije; no dependo de mi partido que me negó sus votos, dependo del pueblo que me eligió, el pueblo!! el pueblo!!

ANGEL.—Claro! El pueblo únicamente. Y el pueblo está con nosotros.

ALBERTO.—Sí; lo he declarado. Yo, yo! Estoy con el Gobierno. He tendido la mano á todos sus hombres; en plena Cámara. El ciudadano austero que...

ANGEL.—Sí, ya; todos reconocen en usted ese gran valor del patriota altivo que solo atiende la voz de su conciencia...

ALBERTO.—De mi conveniencia, no, no! nooo! ¡Yo...

ANGEL.—De su conciencia he dicho; sin temor ni cobardía por el qué dirán. Por eso le llaman á sus actos disparates, pero yo tengo una satisfacción íntima, de corazón, al ver que en medio de esta gran corrupción de hombres aún hay uno que se muestra altivo, puro y honrado y con el cual se puede contar para la rejenaración del pueblo aún salvaje...

ALBERTO.—Se puede. Se puede!! Hay uno, y ese soy yo, yo, yoo!! y pese á quien pese y reviente quien revienteeeee!!

ANGEL (ap).—(Sí no revientas tú con esos alaridos

será por que Dios no quiere). Sí, ilustre, amigo; usted ha demostrado ese valor con su último proyecto sobre el derecho de reunión. ¡Es un gran proyecto! Sé que le costará algunas desazones; el pueblo y la prensa aquí...

ALBERTO.—No importa! No importa!!! El ciudadano austero que como yo, tiene en su...

ANGEL.—Sí, sí; ya sé. De todos modos, hay que pensar, es un deber patriótico, un deber moral, meditar en los serios problemas que nos presenta nuestra vida nacional... El pueblo se cree amordazado por el proyecto

ALBERTO.—No es cierto. No! No! Nooo!!

ANGEL.—Claro que no. Hay males necesarios, lo sabemos; el pueblo es un niño á quien ¿verdad? es necesario dirigir, y á veces ciertas medidas de rigor se imponen, aunque nos duela y le duela, como al pequeño á quien no se permite desarreglos; la política...

ALBERTO.—Y el patriotismo, y la necesidad, y la altivez cívica lo imponen!

ANGEL.—Ah, bien lo sé; yo también ¿se acuerda? tuve un proyecto muy semejante al suyo; aquel contra la prensa. De ahí dieron en llamarme *cancerbero* de ella. Sacrificios que impone el patriotismo. Ahora usted, con su proyecto me justifica, ilustre hombre público! Usted es mi justificación!

ALBERTO.—Lo he dicho públicamente, públicamente!! Tiendo mi mano á las autoridades constituidas. Lo he dicho!!!

ANGEL.—Venga esa mano, ilustre procer.

ALBERTO.—El ciudadano austero que como yo tiene en el alma la altivez y la conciencia de su valor, de sus sacrificios, este ciudadano austero, yo, yoo, yoo! soy el que de hoy en adelante mostraré al pueblo reunido...

ANGEL.—¿Eh? ¡Reunido! El proyecto...

ALBERTO.—Ah! Es verdad. Mostraré al pueblo (sin reunir) el camino de la regeneración; yo, yo, yoo!!

ANGEL.—Ilustre, eminente correligionario!!

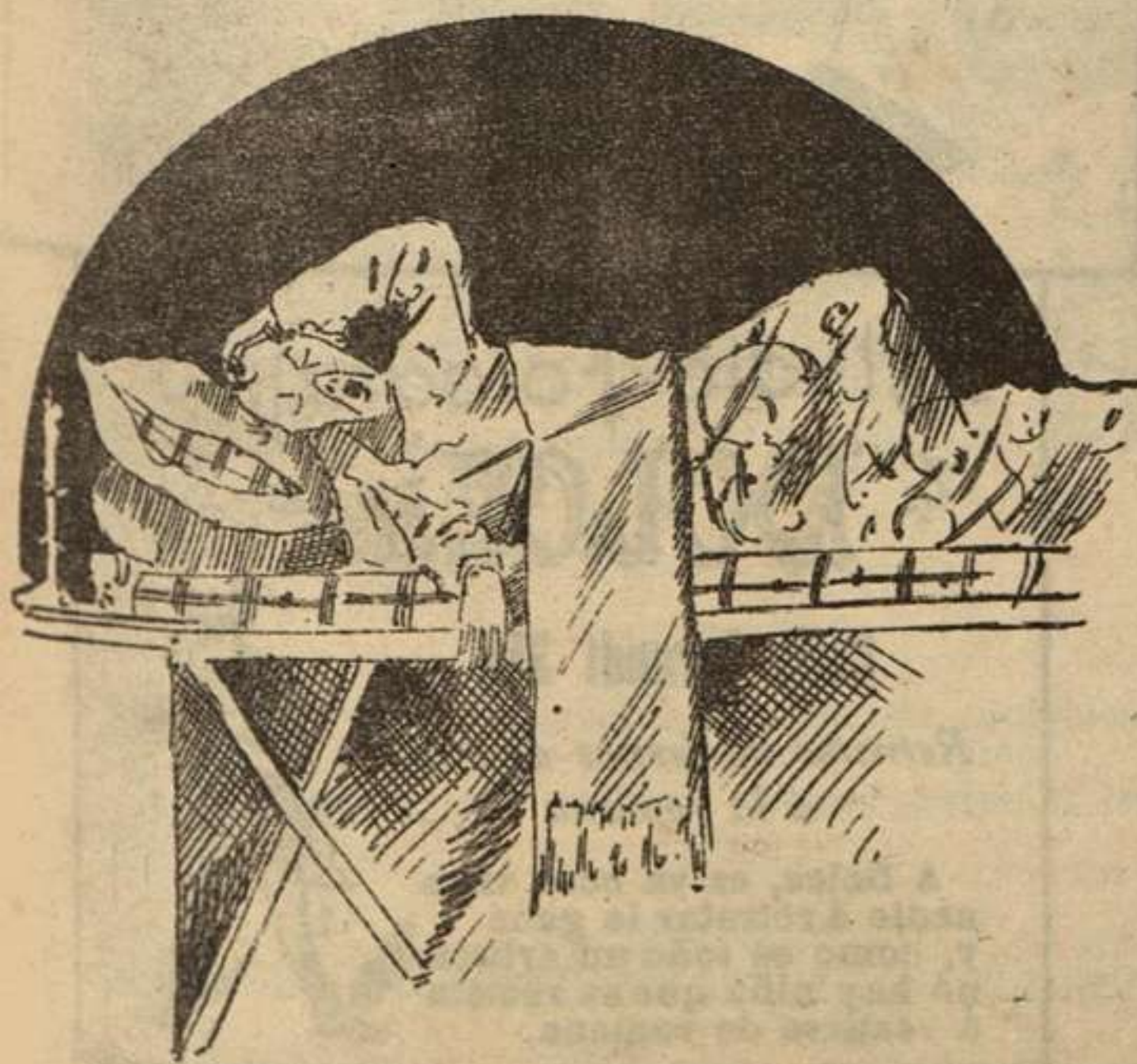
PEPE ORTIGA.

¡ALLÍ ESTÁ!

Barrio extremo.
Calleja muy retirada.

Una casa ya vieja mal conservada, zaguan con una estrecha puerta en el fondo y un banco á la derecha, mondo y lirondo. Tras la puerta un pasillo... como cualquiera, y en él un ventanillo con alambra. Al fin un sotechado, puerta en el frente, luego un patio cuadrado completamente. En el patio una puerta desvencijada, que tan pronto está abierta como cerrada. Tras la puerta un cuartito cuyos rincones son el club favorito de los ratones. Tras el cuarto, otra pieza lóbrega y fria, desde la cual empieza la galería que va á salir enfrente de un pasadizo extraordinariamente resbaladizo. En uno de sus lados puerta sin llaves, dos tramos empinados más bien que suaves y, partiendo del muro del descansillo, un corredor obscuro y otro pasillo al que solo ilumina turbio reflejo de la luz mortecina de un farol viejo. Un portón de madera con cuarterones. Después, otra escalera con escalones á continuación una sala vacía, donde no hay luz ninguna durante el día. En uno de sus muros, puerta vidriera. Dos pasillos oscuros otra escalera, y al final, entornada la puertecilla que conduce á la entrada de la bohardilla. Un cuarto contrahecho, pero hediondo. Luego un recinto estrecho, y allá, en el fondo, dentro de un lecho blando muy calentito, Eleuterio ronco como un bendito.

J. P. ZÚÑIGA.



ble la compañía de Delia. Yo no sé si será tan solo el placer que se experimenta cuando alguien de fuera nos acompaña, efecto de la novedad al destruir la monotonía de la vida en familia... sea lo que sea; lo cierto es

que cuando se fué, a la noche, sentí cierta tristeza... No te rias, dijo al advertir una leve sonrisa en los labios de Daniel; sentí una especie de vacío...

—Está bueno... ¿qué tal es?

—Pues... no es bonita.

—¡Adios!

—Pero escucha. Tiene los ojos grandes, rodeados de sombra y lanzan una mirada penetrante, que confunde; y una boca desdeñosa, y una barbilla fuerte, enérgica que parece denotar, a mí se me figura, una voluntad firme; el cuerpo es hermoso, erguido: el ademán altivo, arrogante, que impone...

Se entusiasma, en su afán de demostrar la razón del interés que por ella sentía, aun no siendo bella. Todos esos detalles, que tal vez la hicieron para muchos antipática le subyugaban á él. Eso era lo que le atraía; el dominio de la mujer fuerte; la necesidad de sentir mucho amor para conseguirlo, de darle mucha pasión, mucha, para satisfacerla...

—Porque impone, o al menos a mí así me sucede. Mira, cuando la veo, me invade una cordadad invencible y al hablar parezco... ¡qué se yo!

Léjos de ella me propongo firmemente tratarla como trato a todas, mostrar el ingenio que pueda tener; preparo las frases que he de decir, como cuando aprendíamos la lección antes de entrar en clase; llego a donde está y ¡plaf!, se va todo al diablo; al oír su voz ya me atonto; es una voz metálica, vibrante, segura, que me escita y me confunde á un tiempo... Me habla, me mira fijo y ¡dios!, llego hasta ponerme colorado—¡sí, sí!—y no digo más que tonterías. Ella, seguro, se reirá de mí; pensará que soy un imbécil...

Así, con injeuvidad extraña en él, seguía enumerando las sensaciones que en su espíritu alternaban, pintando la ansiedad que le sobrecojía cuando tardaba Delia en llegar, el gozo invadiéndole de pronto, al golpe del llamador que anunciaba su llegada, y aquella sensación que estremecía todo su cuerpo por la repentina tensión nerviosa y le hacía palpar el corazón como si golpease contra el pecho, cuando por casualidad la encontraba por la calle.

(Continuará.)



Se asegura que el procurador D Miguel Urbistondo le ha embargado al doctor don Julio Herrera y Obes, presidente que, fué y senador que es, sus dietas de id.

Según se dice el embargo se pretende por falta de pago á una cuenta por comidas, etc., que presenta el señor Narizano.

¿Para pago de comidas se pide embargo de dietas? O hace el inglés mal negocio ò el demonio que lo entienda

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMENEZ

I

(Continuación)

I mientras repetía estas palabras, al reproducirse en su imaginación aquellas aventuras de la adolescencia, llenas de días de ilimitada vagancia, de ensueños imposibles, Mario arrugaba el entrecejo como si el recuerdo de aquellos tiempos le molestara al observar de léjos, a través de tiempo, cuánta candidez e inesperienza había encerrado su corazón de quince años.

III

Daniel hubiera querido seguir así, viviendo aún en el pasado, que evocara Mario, poco dispuesto a interrumpir el silencio, gozando con los dulces recuerdos de otro tiempo, pero aquél, saliendo de su distracción, había vuelto a su idea y, refiriéndose a aquellos «¡Qué bueno!» de Daniel, dijo implacable.

—Bueno ¿eh? Eso sí que era tonto; amar de léjos y en comandita...

Daniel, incomodado por el tono irónico que usaba Mario, concluyó por decir como quien desea terminar la discusión.

—Bueno, en resumen ¿qué hay? ¿Estas enamorado?

—Eh... casi, casi...

—¡Tú!... dijo mirándole de hito en hito.

Él, el acérrimo enemigo del amor, que negaba de las mujeres, que compadecía... él, el escéptico empedernido... él, tan orgulloso de la independencia de su corazón, de su superioridad de alma fuerte!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Seguía prolongando aquellos ¡oh! burlones, profundos... Ahora le tocaba á él el turno de hablar con sorna.

El amor propio tan susceptible, de Mario, se rebeló ante aquella caída de sus presuntuosas afirmaciones de todo tiempo. Era de aquellos a quienes mortifica tener que declarar sus equivocaciones e inconsecuencias, y no quería resignarse á ello.

—El que me guste la muchacha, como necesariamente sucede a todo aquel que tiene sentidos cuando se halla ante una mujer, no dicen nada en contra de mis opiniones, dijo algo incomodado por las burlas de Daniel.

—Bueno muchacho. A ver, ¿desde cuando te gusta la niña? dijo decidido por fin a escucharle.

—Eh... Desde que vino a pasar un día con mamá, porque como está sola desde que se fué Orfilia...

—¡Ah! y a propósito, interrumpió Daniel. ¿cuándo piensa volver tu hermana?

—Esta semana sin falta. Ayer escribí Dolores.

—Vaya hombre, al fin... Se ha dado un buen paseito.

—Sí; cuatro meses...

Bueno, siguió diciendo preocupado con sus ideas. Desde esa tarde me produce una sensación muy agrada-

Algunos opinan que nuestro gobierno debiera levantar las cuarentenas á las precedencias argentinas, pues habiendo aquí cólera, estamos en el mismo caso.

Hablando de ello, me decía ayer un sujeto:

—¿Sabe usted por que no levanta las cuarentenas?

—Por el lazareto.

—¿Qué! ¿Hay algún lazareto argentino que sea un verdadero foco de infección?

—No, hombre; por el lazareto de la Isla de Flores. Las cuarentenas producen mejores gangas que los bonos de Tesorería.

¡Véase como aquí hasta el microbio sirve de moneda acuñada!

—¿A dónde vas?—á su yerno preguntóle ayer Quirós.
El yerno, soltando un terno, respondió:—Voy... ¡al infierno!
Y él le dijo:—¡Anda con Dios!

Entre dos gallegos:

—¿Has visto que en la Exposición de janadería van á poner también perros?

—¿Y qué?

—Qué yo pienso mandar también uno.

—¿A dónde lo tienes? Nunca lo he visto.

—En el baúl. Está un poco verde, pero lo limpiaré con vinagre. ¡Te jantú que aquí no se ven muchos *perros chicos*! Me jantaré el premio.

Conozco yo un escribano que hasta duerme con las gafas desde que oyó que los ojos son el espejo del alma.

El señor profesor Don Hugo Saxl ha dedicado al señor Idiarte Borda, una pieza para piano con motivo de su primer año de gobierno.

Dicen que es una bellísima composición.

Ya tiene música Juan
Ahora sí en caso probable
ya se le podrá mandar
Con la música á otra parte.

—¿Es cierto que usted robó un reloj en el tranvía de la Unión?

—Sí, señor; pero fué para auxiliar á la justicia.

—Explíquese usted.

—A eso voy; como era de suponer que me cogieran y luego me habría de preguntar el comisario á que hora se cometió el delito, quise enterarme para que no hubiera contradicciones.

En la Plaza Independencia con gran asombro observé... á un hombre muy bien sentado y á otro que estaba en pié.

Dos comisarios de Minas han apaleado bárbaramente á la morena Leonor Obes, sin reparar siquiera el segundo é ilustre apellido de Don Julio. Un individuo, de nombre Diaz, que quiso defenderla, también fué apaleado.

La noticia fué recibida en nuestra Jefatura con gran alegría, aunque con cierta envidia, pues parece ser que Don Eugenio César y el Coronel Oneto, apaleador y sableador distinguido, se mostraron disgustadísimos por las atribuciones que se tomaron esos dos comisarios de campaña, atribuciones que les pertenecen en propiedad, á ellos solos.

¡Claro! La disciplina ante todo.

—¿Me conoces, Salustiana?
—Hijo, no caigo en la cuenta.
—Por qué no te da la gana.
¡Fuí tu novio el año ochenta!
—¡El año ochenta! ¿Quisás?
¿Y no te acuerdas del mes?
—En Mayo.

—Explícate más porque en Mayo tuve tres.

—Caballero, una limosna, para un desgraciado padre de familia sin esposa y con cinco hijos...

—¡Hombre! Ayer me dijo usted que tenía cuatro.

—¡Ah! ¡Sí!... Es que hoy he adoptado otro.

El mundo está perdido de tal manera, que hay quien tiene una novia pantalonera con intenciones de que le cosa gratis los pantalones.

Correspondencia Particular

A. B.—Montevideo.

¿Quiere, amigo que le diga la verdad?
¿Se la digo?
Pues no siga que eso es una atrocidad.

El ñato.—Montevideo. Una vez le llamé puerco espín y aún no ha quedado usted conforme A poderlo, le diera yo narices para desear que alguien se las rompiera.

Matias.—Montevideo!—Convengo en ello pero con la condición de que usted será otra vez menos escrupuloso.

K. L.—Montevideo.

¿Cuántas veces he pensado en su mordiente soneto!
¿Será faltarle al respeto llamarle desvergonzado?

Pif—Paf.—Montevideo.—Bien. Pero ¿por qué escribe usted tan largo?... No está mal, pero, de fijo el que lo leyera íntegro se quedaba sin vista para un semestre.

D. L. T.—Florida.—Eso no tiene nombre. Me hace pensar mucho en su descendencia.....

Pio—Pio.—Salto.—Este es el nombre duplicado de uno de nuestros tipógrafos, hombre que usa gafas y enamorado terrible. Como él, tiene usted un verdadero frenesí por la milicia, pero los cañones rayados no se cargan con *estricnina*, á no ser que usted pretendiera envenenar el aire. ¿De donde demonios sacó usted semejantes absurdos?

H. G. R.—Paysandú.—¡Bravo! ¿Quiere usted creer que este es bueno?!!

El jorobado.—Melo.—Ahí va.

Son los horrores de la guerra como almas de pasiones embravecidas, por más que el pensamiento se aferra á la duda, se cree, porque son homicidas.

¿No podría usted morirse?
La humanidad exige ciertos sacrificios...

AL POLO BAMBÁ



CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bambá» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende El Anticuario libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, núm. 184.

F. CALLIGARIS

ESTUDIO FOTOGRAFICO

IBICUI 228

Fotografía de moda por la high life preferida donde se retrata toda la gente más distinguida.



Estudio Fotografico de DOLCEHER

Calle Sarandí 359

Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar lo gana y, como es todo un artista no hay niña que se resista á vestirse de romana.



OJO

Hacemos presente á los que aún no hayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña que aquellos que lo deseen, deben enviarlas cuanto antes, pues estamos por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela y con el título dorado á fuego al frente, nos urge saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria. Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de

Pesos 1.50 el tomo.



LITOGRAFIA Y TIPOGRAFIA

Tarjetas, rótulos accionales, circulares, letras de cambio, cheques, conformes, memorandums, planos, diplomas, músicas, etc., etc.

Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

FOTOGRAFIA DE INGLESA FITZPATRICK



Hace esta fotografía Retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía Las más distinguidas gentes.

¿Una más?

MANUFACTURA DE TABACOS HABANO XXX GARANTIDO